

un libro precioso, que pone de manifiesto la pasión que siente por *Madame Bovary*, que parece pasión por una persona más que por un personaje, pues la hace suya. Pero, luego, nos encontramos con una frase en la que afirma que hay dos temas en los que siempre será intransigente: Cuba y Flaubert. Y, al mismo tiempo, defiende que Flaubert jamás se haya metido en política. Porque parece que Flaubert fue acusado en algún momento de egoísmo, de encierro, que todo era para su obra y nada para la sociedad. En Lima, diría que en 1970, Vargas Llosa me dijo: «Estoy huérfano de ideas políticas». Pero, de pronto, viene esa reconversión suya o evolución hacia su militancia, porque no la podemos llamar de otra forma, sartreana, siempre de espectador comprometido, que olvida todo aquel pasado, se reconvierte con mucha seriedad, pero casi no hace el balance de lo otro, incluso en su libro *Como un pez en el agua*, no sale lo anterior, es un retrato que parece abarcar toda su vida, pero está en relación con el padre, no en relación con sus militancias. Aunque en sus novelas algo de esto se puede leer, cuando habla de cierta pertenencia a una célula del partido comunista en la ciudad universitaria, en San Marcos; creo que esto aparece en *Conversación en la Catedral*. Por otro lado, también quiero destacar la enorme generosidad que él ha tenido con los escritores jóvenes peruanos; es muy lector, los lee. De modo que es muy generoso y también de idea fija.

—¿De idea fija? Qué curioso, hace poco entrevisté al escritor Ricardo Piglia y él me hablaba de la idea fija que tenía otro autor, David Viñas, por la literatura argentina. ¿Cuál es la idea fija de Vargas Llosa?

—Supongo que la literatura es también su idea fija, pero yo me refería a otra cosa. Una vez en París, en el 69 o en el 70, Mario asistió a una mesa redonda con Alejo Carpentier y Julio Cortázar. Entonces, los sesentaochistas abiertos a América Latina, especialmente a Cuba, los insultaron, les dijeron: «Ustedes qué hacen acá, toman las armas o son unos burgueses podridos». Les dijeron todas estas cosas tan exageradas. Cada uno, a su manera, lidió con ese público agresivo, pero a Mario esto le produjo un *shock* brutal. Creo que con él fueron particularmente feroces e insultantes y violentos. Porque, al volver a su hotel, unos peruanos lo siguieron. Yo no pude ir a la mesa redonda, porque estaba con un gripazo fuerte, la que sí asistió fue la que entonces era mi esposa, Maggie. Vargas Llosa le manifestó su desasosiego, su horror, a Maggie, y ella le dijo: «Mira, Alfredo no te ha podido acompañar hoy porque no se sentía bien, pero por qué no te vienes a casa a relajarte, a tomar una copa; Alfredo te recibirá en bata, pero podrán charlar, etc». Mario necesitaba arrojarse, porque había pasado por

una situación desagradable. Cuando vino, muy sorprendido, me dijo: «Yo nunca imaginé que tuvieras una casa, una casa así, todo está en su sitio, qué orden. Yo nunca tuve un pisito así en París, tan ordenado, tan bonito». Así que se quedó en casa charlando muy a gusto, se desahogó, se relajó. Charlamos esa noche, también a la mañana siguiente. No volvió al hotel, porque creo que le habían tirado una piedra en su ventana estos peruanos que lo siguieron. Ahora bien, siempre que iba a París llamaba a Julio Ramón Ribeyro, que también vivía en París en aquellos años, y le decía: «Busca a Bryce». Es decir, que se le había borrado la imagen de paso por mi casa, esa casa tan ordenada. Bryce era, para él, un hombre que había que buscar, porque podía estar sin teléfono, sin dirección fija, bajo un muelle, un bohemio. Increíble, seguí siendo para él un personaje desordenado, una idea que él se hizo de mí en algún momento y que le quedó como idea fija. Ahora lo sorprende que yo haya escrito tanto, lo sé por Charo, una sobrina y prima mía que está emparentada con su familia. Por ciertas conversaciones con Charo, he podido deducir que Vargas Llosa le ha dicho algo así: «Yo creí que Alfredo iba a morir en el intento, pues me sorprende que haya publicado tantos libros». En otras palabras, sigue pensando que soy un loco. Ha arreglado el mundo así. Por otro lado, es capaz de los actos más generosos. Una vez yo estaba en un hotel en Lima muriéndome de bronquitis y tenía que tomar un avión al día siguiente. Mario llegó al Perú con su familia y se le perdieron todas las maletas en el vuelo, siete maletas. Abandonó este problema por completo y se vino al hotel a verme, trajo un médico y se ocupó de todo. Cuando uno le recuerda estas cosas, él te dice: «Qué me cuentas».

—Antes me comentaba que va a dar un taller sobre Vargas Llosa, Ribeyro y Rivera Martínez. ¿Cuáles son las diferencias y los puntos de contacto entre estos tres autores peruanos?

—Son muy distintos en su ambición, digamos, en sus puntos de partida. Sin embargo, dan un testimonio perfecto de la diversidad del país. Ribeyro aporta su visión de la decadencia moral, espiritual, de las clases medias urbanas. Pone fin a la dicotomía ciudad-campo que había imperado en la visión de lo peruano, encontrando en el relato breve la manera de dar cuenta del deterioro individual, social, y de la fragmentación espiritual de la capital del Perú. Mientras, Vargas Llosa nos ofrece la metáfora del país entero recurriendo a la novela totalizadora como revelación de los designios y fracasos del Perú-nación, debido a los grandes flagelos que asolaron y asolan a la región (la violencia, la corrupción y la dictadura). Tienen en común la relación de amor-odio con el país, que está tanto en Ribeyro como en Vargas Llosa. Ribeyro maltrata a Lima, la llama ciudad de puta-

ñeros y masturbadores, de frustrados. Esa Lima horrible para ellos, no desde el punto de vista estético, sino ético y moral. El mundo de la hipocresía, etc., etc. Lo de Rivera Martínez también es muy interesante, porque propone una visión sonriente y reconciliadora a partir del mundo andino enriquecido por una ciudad, Jauja, que fue, y debió seguir siendo, la capital integradora de todas las diversidades étnico-culturales de un país que aún sigue perteneciendo, en más de un aspecto, al ámbito de la mitología occidental. La ciudad de Jauja, donde Edgardo Rivera Martínez precisamente nació y se formó y a la cual va a cada rato, en un momento fue, por un par de años, la capital de Perú. Si esto hubiera seguido, tal vez el Perú sería un país donde la presencia del campesino indígena habría tenido más vida de participación, no habría sido excluido como el indígena que ahora llega en forma de inmigrante a la capital.

–También en los autores más jóvenes, como Jaime Bayly, está presente la relación amor-odio con el país, principalmente con Lima.

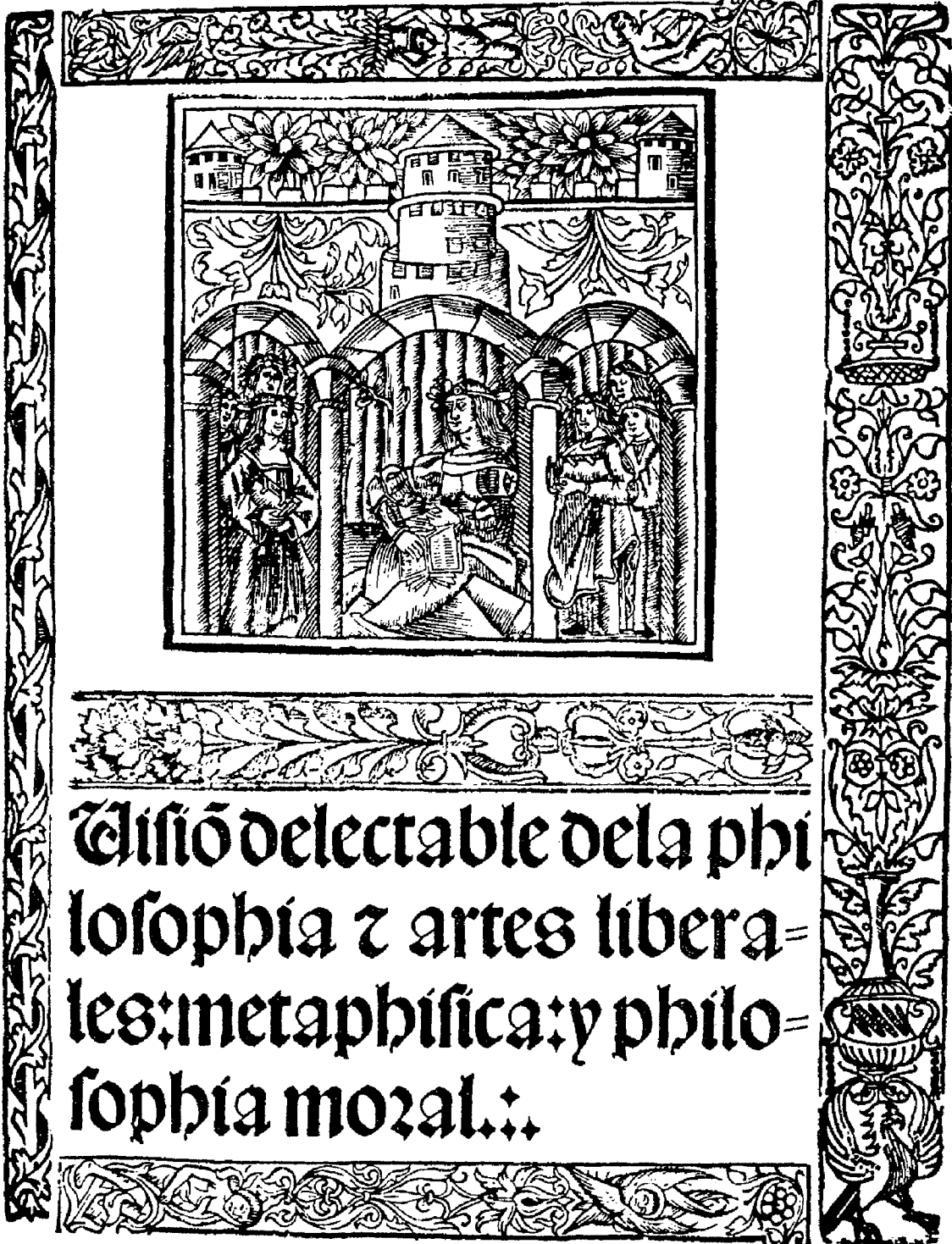
–Sí, pero proyectado hacia el ámbito familiar, que es un microcosmos muy representativo de la sociedad limeña.

–Algunos personajes de Bayly se refieren a Lima como una ciudad de mierda y hablan sobre la gente del pueblo con desprecio.

–Sí, es un testimonio muy fiel. La sociedad limeña es brutal en su racismo. Ahora mismo el ambiente político está contaminado de racismo hasta el máximo. Si en el mismo Congreso se gritan unos a otros «cholos de mierda». Todavía la gente reproduce esquemas que, por abominables, yo creía que no podían seguir vigentes. Sin embargo, la situación se ha agravado, porque cierta gente se siente amenazada por la presencia mestiza, la presencia de japoneses y chinos en la política y en los negocios.

–¿Cómo funciona la literatura en sociedades desarticuladas y racistas?

–La literatura en el Perú es fundamentalmente contestataria, mostrativa del horror peruano. En ese sentido, Bayly es un buen ejemplo, aunque él no trabaja, como Vargas Llosa, con la visión totalizadora del Perú roto, que podemos apreciar en *La casa verde*. La visión de los jóvenes está fraccionada. Se escribe desde la esquina, desde el barrio, pero basta con poner los ojos en lo que pasa en esa esquina para poder ver que eso mismo se reproduce en todo el país y es el drama del Perú.



Visión delectable de la phi-
losophia z artes libera-
les: metafísica: y philo-
sophia moral.

Portada de Alfonso de la Torre, *Visión delectable de la filosofía*
(Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1526).